

surros de arroyos y de céfiros, ricas mieles de frutas, así propias á las zonas templadas, como propias á las zonas tropicales. Dos siglos antes que Saint-Pierre naciera el sentimiento de la Naturaleza fué despertado por nuestros historiadores de América, los cuales traían á la fauna europea nuevos animales, á la flora nuevas esencias, desconocidos astros y constelaciones maravillosas al cielo planetario, zumos que parecían verdaderos filtros á las venas, tropos é hipérboles de tal resonancia y magnitud á las letras que desequilibraban el antiguo monótono concierto clásico, y parecían prestar un soplo nuevo al espíritu y un hervor nuevo á la sangre. Pero, entre que los artistas del renacimiento no prestaban culto sino á la línea y al color, en cuanto estos revelaban la figura humana, tan arquetipo y modelo para sus obras pictóricas, como para los escultores helenos; entre que á tal gran apoteosis del hombre y de la mujer, solos como en el bíblico edén, siguió la metafísica del siglo décimo-séptimo que nos diera los dos mayores filósofos de las edades modernas, Descartes y Espinosa, enamorados de la idea y no de la vida; entre que á la Filosofía del siglo décimo-séptimo siguió la Enciclopedia del siglo décimo-octavo, ingiriendo en la política y en la práctica y en el sentido común esta Filosofía; el sentimiento de la Naturaleza, sobrecitado por una pasajera excitación al descubrirse América, y traer nuestros historiadores, no sólo un original y nuevo lexicón á los diccionarios, levaduras para nuevos fermentos y metamorfoseos de la materia vivificada; este culto por la Naturaleza quedó muy dormido hasta que la inspiración idílica de Saint-Pierre lo despertó, y después de haberlo despertado lo transmitió á las letras con su maravillosa elocuencia. Verdad que tuvo un excelso competidor en Rousseau, grande naturalista en sus libros, pero, aparte de sus propensiones al estilo declamatorio, Rousseau miraba más la Naturaleza como un teatro de sus personajes y de sus novelas que como un objeto de culto. Su propia religión del hombre primitivo, desligado de todos los vínculos sociales, enderézase más á un sér abstracto, ideado por su metafísica y por su teología, que á un sér vivo y verdadero en los senos del Mundo natural y de la vida verdadera. Polígrafo Saint-Pierre, tan dispuesto á escribir unas contemplaciones de la Naturaleza, como un romance idílico y sentimental que todavía hoy nos arranca lágrimas, no mezclaba ninguna idealidad filosófica y ningún interés político á sus anegaciones en el océano de la vida. Quería el Universo con desinterés y abnegaciones de artista. Por eso todos hemos leído con arrobamiento así los *Estudios sobre la Naturaleza* tan melodiosos cual una Salve cantada con acompañamiento del órgano que ofrecen los susurros campestres y los fragores marítimos como su Pablo y Virginia, en que los matices de la luz y los espasmos de la vida esclarecen y avivan el amor, seguido de la muerte siempre, como de la sombra el cuerpo. Yo nunca he dejado de admirar á Saint-Pierre. Sus fervores por la Naturaleza más se acercan á los naturales mostrados por Virgilio en sus *Georgias* que á los artificiosos mostrados por Virgilio, y su predecesor Teócrito, en las *Églogas*. Nada en él de aquellos artificios en que cayeron

lo mismo nuestro gran Garcilaso que Sannazaro, lo mismo Cervantes en su *Galatea*, que Tasso en su *Aminta*. La contemplación desinteresada del Universo le presta un carácter tan propio, que sus libros, si no tuvieron jamás el influjo ejercido por las obras de Rousseau en lo político y en lo social, en las instituciones y en las leyes revolucionarias, lo tuvieron quizás mayor en la sensibilidad universal y en los corazones todos. Se comprende con suma facilidad las preferencias de Luis XVI por tal género de libros, cautivo en una fortaleza y amargado por el destronamiento. Nada inspira tanto deseo de vivir en los senos de la Naturaleza, como carecer de libertad por completo. Así en los pueblos libres no brotan las *Églogas*. No las tiene, como tampoco tiene sátiras, ni el pueblo heléno, ni el pueblo romano en la época de sus democracias, de sus libertades, de sus Repúblicas. Los tiranuelos en una parte y los Césares en otra, engendran ese género literario, protesta incontestable al despotismo. Nada tan propio como que, viéndose cautivo un rey absoluto, falto de libertad por ende, tan amable á la vida, recurriese al seno de las letras idílicas y campestres en busca del recreo y del reposo, indispensables lenitivos y bálsamos á las heridas cancerosas de su alma. Pero hasta en tales refugios caían esbirros comuneros como caen moscas en el caldo. Mientras Luis XVI hablaba del precioso libro con entusiasmo á las Princesas, y les leía la dedicatoria por el gran escritor á su persona dirigida, en que le consagraba muchos elogios, recuerdos de tiempos más felices, el regidor Fronchon, de guardia en la torre, como buen comunero, contradecía el criterio regio y negaba los méritos alabados por el Rey en tal volumen, fuente para el Rey de profundos consuelos. Este Frochon estuvo encerrado en Bicetre durante la vieja Monarquía, dicen unos que por loco, dicen otros por ladrón y raptor. Los estremecimientos del suelo volcánico, lo escupieron sobre la calle y el diez de Agosto lo empingorotó á la Comunidad. No le faltaba, ni cultura delicada, ni conversación amena, pero deseoso de ocultar su fisonomía y su persona, dejábaje crecer la cabellera y la barba en tales términos, y se vestía unos sayales tan burdos, que todo ello le daba el aspecto de un amortajado por la orden tercera, redivivo; y así el Delfín asustábase y estremeciase al verlo en aquellas trágicas actitudes y en aquellos extraños hábitos. De tales gentes hallábase rodeado el cuitadísimo Rey en su cautividad del Temple.

Después de comida, paseo, lectura, el Rey, se asentaba en su canapé, á fuer de buen madrugador, sentía cansancio y conciliaba por breves minutos un sueño tranquilo. Durante período tan breve, los chiquillos iban á las habitaciones cercanas, mientras Isabel y Antonieta, callándose con profundo silencio, urdían sus correspondientes tapicos. El Delfín volvía en cuanto se despertaba el Rey, recitando de viva voz aquello que antes aprendiera de coro corrido. Acabada esta diaria faena, Isabel unas veces y otras veces Antonieta, leían novelas de una escritora inglesa muy preferida en la corte, de Madame Arblay. Hija ésta de un músico francés, que tuviera grandes concomitancias con la real

servidumbre, profesaba ideas monárquicas, á cuya evocación mucho se regodeaban y se complacían las princesas. Además de profesar estas ideas, mataba el tiempo tan largo de aquella cautividad tan dolorosa con esos complicadísimos relatos y esas prolijas descripciones, insufribles para las nerviosísimas gentes del Mediodía, pero indispensables en las eternas noches de los inviernos británicos. La obra de que más gustaban los reyes, entre muchas escritas por Madame Arblay, era la novela *Cecilia*. Y les gustaba porque consistía en presentar los altos y bajos de la caprichosa fortuna y los bruscos tránsitos desde lo más elevado hasta lo más hondo en las perdurables tragedias humanas. Muchas veces, cuando existía correlación estrecha entre la materia del triste libro y la situación del tristísimo Rey, un sollozo cortaba el recitado de la excelsa lectora y un mar de lágrimas corría por los rostros de todos aquellos regios oyentes. No eran estos los únicos medios empleados por la familia real en el trabajo de ir matando tiempo y distrayendo congojas. A las ocho por la noche, ponían un cubierto especialísimo al Delfín y le daban de comer antes que al resto de la familia. La Reina presidía y cuidaba esta comida. Existía en la Biblioteca un periódico de antiguo tiempo y antiguo régimen, el *Mercurio de Francia*, cuyos números encuadernados sumaban varios volúmenes. Como no podían estas hojas entonces ocuparse, ni en política, ni en religión, abundaban los trabajos literarios, de adivinanzas múltiples, de numerosos jeroglíficos. El Rey se gozaba en proponer estos acertijos, celebrando el acierto y maldiciendo el desacierto de las respuestas y de las soluciones. Antonieta se gozaba con que la infanta Teresa y la infanta Isabel se diesen de calabazadas y se rompieran las cabezas en requerimiento de aciertos, muy divertidos para el Rey, pero vedaba estos trabajos mentales al Delfín para que no le dejasen los calores de la mente fríos en el estómago. Después de cenar Luis, lo desnudaban; y antes de acostarse, decía sus oraciones al pie de su camita, los ojos extáticos, las manos plegadas, en tierra las rodillas. Beauchesne cuenta en su *Historia de Luis XVI*, que habían las princesas compuesto una oración intercediendo con Dios por Madame Lamballe, á nombre de la inocencia, y el niño se la sabía de memoria sin quitarle un tilde y la rezaba con verdadero fervor. Empezaba esta oración recordando la creación y la redención del Hombre por Dios para concluir luego pidiendo por todos cuantos padecían en aquel duro cautiverio y especialmente por la pobre Lamballe, que acababa de partirse del Temple, donde podía prometerse alguna seguridad, y caer en la Fuerza, donde les aguardaba irremediable inmolación por los sicarios comuneros de su hermosísima persona. Mas en las plegarias mismas y en el rezo las precauciones se imponían y se tomaban. Cuando los esbirros estaban lejos, el Delfín decía todas estas oraciones en voz alta; pero así que los veía cerca, bajaba la voz, diciéndolas en secreto. Después de cumplida esta usual y continua liturgia, el Delfín se acostaba; y mientras se dormía, velaban alternativamente á su cabecera, ya la infanta Isabel, ya la Reina misma. En cuanto se dormía el Delfín comenzaba la cena, mucho más frugal que

la comida. En este acto diario hablaban los príncipes de cosas indiferentes, puesto que sus esbirros los atisbaban siempre, pero con grandísima expansión, algunas veces rayana en alegría. Muy larga la sobremesa, cuando se iban acercando las once de cada noche, el Rey besaba la mano de sus princesas y de su mujer, yéndose al cuarto de la torrecilla que tenía para sí reservado. Las princesas no se retiraban sino más tarde, entreteniendo con bordados y con urdimbres, la velada. Entre los casos rarísimos y las particularidades inverosímiles de aquel cautiverio, debe notarse la prodigalidad de los comuneros en el plato, y la roñosería en el vestido de los reyes, quienes muy bien comidos estaban y muy mal apañados. Uníase á tal extraño contraste un regateo continuo de las quinientas mil libras decretada por el Congreso en decoro y sustentación de la dinastía. No le mandaban un cuarto, y la princesa Isabel tenía que remendar en altas horas de la noche y por medio de pesadísimas veladas los regios trajes y todo el ajuar de cama. Por fortuna, el temperamento angelical de la Princesa, no se reconocía humillado en aquella humilde faena.

Tal era la vida de Luis XVI en el cautiverio, cuyos dos principales precedentes fueran la cautividad de María Estuardo, presa por su prima Isabel Tudor, y la cautividad de Carlos I, preso también por Oliverio Cromwell. Hay una diferencia, sin embargo, entre los cautiverios. Carlos I no tuvo á su lado la familia; Enriqueta, su mujer, la hija de Enrique IV, se había ido á Francia con sus tres hijos, la bella infanta, que luego se unió en matrimonio con Orleans, hermano de Luis XIV, y los dos hijos, Carlos y Jacobo, que luego subieron al trono restaurado de Inglaterra. María Estuardo tampoco tuvo su hijo al lado, aquel hijo que, no solamente reinó en Escocia, sino reinó en Inglaterra; por consecuencia falta en uno y otro cautiverio la familia, que tanto interés prestó á la residencia de Luis XVI en el Temple. Y entre la familia resalta el niño. Todavía las mujeres pagaban culpas cometidas en sus conjuraciones dobles contra la independencia nacional y contra la Constitución democrática. Isabel, que aparece tan pura, y cuyas virtudes con tanto esplendor brillan, como un etéreo nimbo en su frente, peca de reaccionaria y acaricia todas las ideas de sus dos locos hermanos, los príncipes fugitivos, cayendo en todos los malditos errores de la intransigente y anacrónica emigración. Pero el niño tiene uno de los prestigios mayores que puede haber en la tierra: el prestigio de su inocencia. Existe allí en el Temple con esta inocencia inmaculada de la niñez, un rayo de sol, un aroma de flor, un toque de luna, un gorjeo de pájaro, un aura de cielo que atrae y encanta. El niño se asemeja, entre los viejos, á esos almendros que por Febrero y Marzo de flores bellísimas se ornan entre los árboles secos y parecidos á inertes maderas. Luego, no puede negarse que los antiguos griegos, tan republicanos, conocían el terror trágico de un modo profundísimo, cuando imaginaban que sólo pueden suscitarlo en el público los príncipes y los Reyes. Nosotros somos en la civilización cristiana más demócratas; nos interesan y espeluznan tanto los dolores de una jornalera como los dolores de una Reina. Pero no hay

que cerrar á la evidencia los ojos. Aumenta la poesía del pobre Delfin en la Historia, el interés promovido y suscitado á sus desgracias, porque, al resonar de los cañones y al repicar de las campanas venido á este mundo sobre cuna flordelisada, cae y desaparece de la tierra, sin que ni hayamos podido recoger sus huesos, ni acertar con el sitio de su tumba, cuando lo parieran y lo criaran para vincular, continuando antiguas dinastías, la inmortalidad hasta en el bajo y triste planeta nuestro. Así, el amanecer de semejante alma y el cuidado por ella de sus padres nos interesan hoy con vivísimo interés, y en absorción profunda nos absorben. ¡Pobre niño! Y aunque todos estamos á su misma pena sujetos, y sentimos todas las cadenas atadas á nuestros pies por las generaciones y las edades muertas, no podemos dejar de conmovernos al ver en el camino un adolescente, á quien se le inflige pena terrible antes de que haya cometido pecado ninguno. Luis XVI, por intuición personal, sin que los modernos sistemas pedagógicos se hubieran publicado, evocaba la imaginación del niño y su sentimiento con símbolos de arte y con versos de poeta. La primera facultad que se despierta en el orden y jerarquía de nuestras facultades psíquicas, es la sensibilidad, cuya existencia revela el acabado de nacer con el primer lloro, compañero de su nacimiento. Es indudable que á la sensibilidad sigue, siquier sea en forma y modo instintivos, la voluntad. Es indudable que á la voluntad sigue la imaginación, aroma del sentimiento. Así, Luis XVI sabía perfectamente su oficio de maestro cuando avivaba la sensibilidad y la fantasía del muchacho, enseñándole doctrinas morales, indispensables á la vida, con fábulas de La Fontaine, y sentimientos históricos, indispensables á toda raza y familia de Reyes, con versos heróicos de Racine y de Corneille. En esto procedía perfectamente, y no hay lugar sino para el elogio. Ya no me parece tan bien el unir á estas enseñanzas, muy adaptables á un alma tierna y niña, lecciones de derecho tan altas como el Ensayo sobre las Leyes de Montesquieu, ó problemas de Historia tan intrincados como los factores componentes de la revolución religiosa y los conflictos supremos de la Liga francesa. En verdad, la Reforma y la Liga interesan en términos tales, que la una sembró las revoluciones modernas, y, por contraposición, sembró la otra el espíritu de las reacciones. En verdad, tanto la Liga como la Reforma contribuyeron al estado social producido por aquellos tiempos revolucionarios, y determinaron hechos, á cuyo término estaba en el movimiento dialéctico la prisión de Luis XVI y sus hijos dentro del Temple. Mas lo único interesante de todo esto era la relación entre los hechos antiguos y los efectos revolucionarios que se tocaban en aquel momento con las manos, y con los ojos se veían, la relación entre tales efectos y sus apartadas causas. Pero esto no podía explicarlo el Rey en su irremediable ignorancia, y, aunque se lo explicase, tampoco podía comprenderlo el delfin en su inocencia. Luis XVI intentaba educar á su hijo en la desgracia; y este intento merece aplauso, fuera cual fuera el desempeño y fuera cual fuera el resultado.

Mejor método seguía el Monarca en sus esfuerzos para enseñar al delfin la Geografía, que en sus esfuerzos para enseñar al delfin la Historia. Luis XVI había profundizado con la sonda de un largo estudio el saber geográfico. Y podía de memoria trazar mapas ante los ojos de su hijo en papel transparente por medio de un lápiz azul. Sigue siempre la infancia toda operación de dibujo con muchísimo contento. Y el delfin atendía con inquieta curiosidad el trazado de continentes, montañas, riberas, campiñas, ciudades, hecho á sus ojos por el Rey. Como previamente le había dicho y enseñado éste los nombres que debían darse á todos aquellos sitios, el delfin los decía mientras el Rey los colocaba, cogiendo así el muchacho las nociones geográficas por el oído y por la vista. Luego coloraba las líneas tendidas por su padre, y la diversidad de colores le divertía, no solamente mientras los echaba en el papel, después de haberlos echado. Junto al delfin Luis XVII crecía la infanta María Teresa, y no es necesario recordar que uno y otro ponían melodiosísima nota de candor é inocencia en el trágico cuadro de las desgracias reales. Naturalmente, la Religión y la Moral resaltaban sobre todas las enseñanzas dirigidas á cultivar el alma de la pobre joven. Y bien puede asegurarse que tenía un modelo de moral privada en su tía Isabel y un modelo de sincera devoción en su padre Luis. Uno y otro, así la infanta como el Rey, desconocían la moral pública; pero uno y otro practicaban en verdad con todo escrúpulo y cuidado la moral doméstica. Importábales poco perjurarse de las leyes mismas que juraran; importábales menos conspirar contra el Estado constitucional y parlamentario con las mismas facultades y los mismos recursos dados por la Constitución y el Parlamento á sus personas altísimas; como nada solía importarles el atraer sobre su Francia los golpes de la irrupción extranjera y holgarse con las victorias del enemigo de su patria, como con las derrotas de aquellos á quienes llamaban sus propios vasallos, hijos; pero, tratándose de las virtudes privadas, teníanlas en verdad los dos hermanos con grande abundancia, y las manifestaban en todos los actos de su vida con grande ingenuidad. Mientras el Rey Luis y la infanta Isabel acudían solícitos á los estudios morales de María Teresa, la Reina, por su parte, acudía solícita también á los estudios artísticos, y la industriaba en los divinos secretos de la pintura y de la música. Gran dolor la contemplación de aquellos dos seres, en lo más florido de su infancia el uno, en lo más florido de su juventud el otro, creciendo hermanos y hermanados entre las humedades y las nieblas del calabozo, cuando, como las flores y las aves, necesitaban de libertad en sus respectivos crecimientos, de aire para sus pulmones delicados, de luz para sus ojos. Y como, ni uno ni otro, habían más crimen cometido que el crimen de sus respectivos nacimientos, en sus propias desgracias, heredadas, aunque no merecidas, castigos dados á culpas ignoradas, uno y otro decían cuán falsa doctrina la que sustenta el principio monárquico, es decir, la doctrina de que trae privilegios sociales transmisibles á la posteridad el nacimiento. Ni privilegios ni servidumbres sociales debe traer el nacimiento, sino la igualdad fundamental del dere-